

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡¡ NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. Parcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 286

25 Cts.



**CONTRA LOS
YERROS DEL AMOR**

FOR
CONWAY TEARLE,
MADGE KENNEDY,
etc.

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 286

Contra los yerros del amor

Adaptación cinematográfica de la novela de JOHN CHARLES BROWNELL, creación de los célebres artistas

CONWAY TEARLE, MADGE KENNEDY, CHARLES EMMETT MACK, BIGELOW COOPER, LUCILLE LEE STEWART, etc.

EXCLUSIVA DE

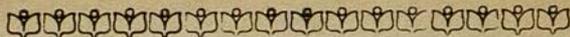
Príncipe=Films, S. L.
SAN SEBASTIAN

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

FILMS PIÑOT

Calle Valencia, 228 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de
HUNTLY GORDON



CONTRA LOS YERROS DEL AMOR

Argumento de la película

I

¡Arriba las manos!

La acción se desarrolla en Nueva York, en una calle transversal de la Quinta Avenida, de cuyo esplendor recibe reflejos que afirman su importancia de vía principal.

Es de noche. Apenas si la luz de algún reverbero aislado o de algún *auto* fugitivo rompe la monotonía de la obscuridad.

Ante el muro liso de una casa de aspecto señorial hay estacionada una mujer modestamente vestida de negro y que lleva un sombrero de fieltro del mismo color, hundido hasta los ojos.

Sus gestos, sus movimientos denuncian la impaciencia de que se encuentra poseída. De vez en cuando mira hacia la fachada de la casa como si estuviese esperando a alguien.

Como la misión de todo buen policía es sospechar siempre de todos y de todo, el Argos de guardia en aquella calle acabó por sospechar de aquella paseante nocturna y se decidió a interrogarla:

—Oiga usted, joven, ¿puede saberse qué hace usted a estas horas?

—¡Ay, señor guardia! — contestó la muchacha con voz lastimera—. Me obliga a estar en la calle mi situación... ¡Tengo hambre y frío...!

Y la desconocida acompañaba sus palabras con unas muecas expresivas, abrimientos de boca, gestos laxos, como si las piernas se negasen a sostenerla...

El guardia acabó por convencerse de la veracidad de sus palabras y continuó más tranquilo su facción.

En aquella casa que parecía aquella noche ser objeto de una doble vigilancia viven dos amigos, lo bastante ricos ambos para permitirse el lujo de una indefinida y alegre soltería. Son dos célibes recalcitrantes.

Es uno de ellos el juez Pedro Ewing, hombre de edad ya casi madura — aunque la disimula bajo la capa de una bonachonería simpática y con ayuda de ciertos secretos de *toilette*—, que ha alcanzado en el ejercicio de su profesión renombre de eminente jurisperito.

El otro es Jaime Hamilton, que habiéndola

corrido en sus primeros años juveniles y aún si se terciara, no se halla capaz del acopio de morigeración que requiere el matrimonio y siente cierto temor a la coyunda, aunque como a su compañero de fatigas siguen gustándole las faldas y algunas especialmente más que otras.

Ewing y Hamilton ante un verdadero momento legístico discuten arduas cuestiones legales a aquellas horas algo avanzadas de la noche, hasta que el juez de instrucción, harto ya de articulados y considerandos, le dice bostezando a su compañero de soledad:

—Mira, Jaime: si te parece vamos a aplazar la discusión de este tema. Tengo un hambre feroz y si no vamos a comer en seguida, se nos hará tarde para el teatro.

—Como quieras. Te confieso que yo también empiezo a sentir algo de cosquilleo estomacal. Vámonos, pero antes espera un momento que voy a ver a nuestros fámulos a quienes he prometido una sorpresa.

Y nunca habló tan verídicamente Jaime, porque precisamente encontró a sus criados en una posición que no daba lugar a dudas sobre el alcance y el fin de sus relaciones.

Repuestos de su sorpresa bajaron humildes la cabeza, oyendo como entre sueños aún las palabras de Jaime:

—Estas butacas, Juan — le dijo a su ayuda de cámara que aun tenía cogida de la mano a la retozona camarerita —, son envío de Gloria Waring, que desea que usted y Luisa se diviertan en la función.

Cogió Juan los billetitos con significada com-

placencia y él y su novia se retiraron satisfechos.

Una vez solos, Jaime se asoma a la ventana y después de mirar hacia la calle le dice a Pedro no sin cierta contrariedad:

—Desde aquí no se ve ningún *taxi*. Voy a salir a ver si encuentro alguno.

En la calle continúa en acecho la desconocida. Ha visto luz en la ventana de la habitación de los dos amigos y oído las palabras de Jaime. Como si éstas fueran la causa de su larga espera, la joven se acerca a la puerta de la casa y se disimula junto al quicio.

Sale Jaime mirando a todas partes en busca del *taxi* salvador, cuando ella dando dos pasos hacia delante finge un desmayo y va a caer en los brazos de Hamilton.

Sorprendido éste por aquella carga que no sabe de donde sale, con objeto de prestar auxilio a la desmayada se apresura a conducirla a su morada y ante el asombro de Pedro Ewing irrumpe en la sala con la mujer en los brazos.

Depositada en un sofá, tratan de prestarla los auxilios necesarios, pero Pedro, sorprendido por un extraño parecido, no aparta de ella sus ojos, hasta que Hamilton al verle en aquella actitud acaba por decirle amoscado:

—Con mirarla así no la vamos a aliviar, Pedro. Tráete algo que pueda servirle... bicarbonato, por ejemplo... Pero date prisa...

Pedro Ewing se retiró apresuradamente, dispuesto a cumplir el encargo y cuando Jaime iba hacia la muchacha dispuesto a prestarle sus servicios, la desconocida sacando rá-

pidamente un revólver le gritó, mientras le apuntaba:

—¡Las manos arriba, muchacho! ¡Las manos arriba y pronto!

El estupor le hizo hacer un movimiento brusco, visto el cual por la atracadora, repitió:

—¡Quieto ahí! ¡Y no intente moverse ni gritar si no es que está cansado de la vida!

Y así amenazándole siempre con la pistola, le hizo retroceder hasta la caja de caudales que estaba abierta y tras hacer que le entregara un fajo de billetes se dirigió a la puerta y desapareció dejándole estupefacto por tanta audacia.

En aquel momento llegaba Pedro con el remedio pedido y al referirle Jaime lo sucedido ambos emprendieron la persecución de la fugitiva.

Entretanto ésta, que no había salido de la casa, volvía a la habitación y dirigiéndose de nuevo a la caja, dejó en ella los billetes que le había entregado Jaime y cogía en su lugar un pliego encerrado en un departamento secreto y sobre el que se leía: *Ultima voluntad y testamento de Josué Reynolds*.

Efectuada la sustitución, para lo cual había dejado sobre la mesa la pistola que le sirviera para cometer el atraco, y cuando se disponía a retirarse, oyó pasos que se acercaban y se ocultó tras una cortina.

Pedro y Jaime volvían acompañados de un policía.

Este empezó a dar muestras de su característico celo tardío y después de examinar

detenidamente la habitación y la caja de caudales, exclamó con acento detectivesco:

—En mi opinión, fijense ustedes bien, aquí anda la mano de un empleado de la casa.

Los dos amigos sonrieron de la clarividencia del policía y Hamilton dijo a su compañero:

—¿No crees, amigo Pedro, que en este asunto hay un móvil extraño, un fondo de enigma? Ya haremos nuestras investigaciones personales.

En aquel momento llamaron al teléfono. Era la hermana de Ewing que preguntaba las causas de su tardanza.

—Perdón, Alicia — contestó Pedro—. Algo imprevisto nos ha entretenido contra nuestra voluntad, pero en seguida vamos.

Antes de retirarse, Jaime vió sobre la mesa la pistola que sirvió para intimidarle. La cogió sorprendido y pudo comprobar, no sin estupefacción, que el arma fatal... ¡era una pítillera automática!

Sonrió malicioso y se propuso en su fuero interno descifrar aquel misterio porque a él también le había intrigado el rostro de aquella mujer.

En cuanto ambos amigos hubieron abandonado la estancia, salió de su escondite la enigmática visitante y acercándose a la mesa, empezó tranquilamente a trazar unas líneas sobre un papel.

Empieza a aclararse el misterio

Quince minutos después, la plaza de Sutton empezaba a llenarse de *autos*, que iban deteniéndose ante una señorial mansión. El interior de uno de aquellos vehículos servía de gabinete o tocador a una muchacha que todos conocemos. Es la atracadora nocturna de los dos recalcitrantes solterones. Los míseros vestidos, el sombrerillo ramplón de fieltro fueron a sumirse en las junturas de los asientos y en vez de la hambrienta trotacalles, apareció una muchacha encantadora, la exquisita Gloria Waring, la estrella favorita del Broadway, triunfadora en el *music-hall Comedy* y que era el alma de la velada teatral que iba a representarse aquella noche bajo los auspicios de Alicia Ewing, hermana del juez, que había dirigido personalmente hasta en sus más insignificantes pormenores la recepción de aquella noche.

En el momento en que Gloria entraba en sus salones, Alicia decía a un grupo de amistades:

—Estoy impaciente por la tardanza de mi hermano y por conocer la causa de ella. Según me ha dicho Hamilton por teléfono, les ha detenido un suceso imprevisto...

Gloria sonrió maliciosamente, pues nadie como ella sabía de qué suceso se trataba.

Mientras tanto los dos amigos llegaban a la puerta del palacio y una vez en tierra, Jaime creyó reconocer a uno de los policías estacionados frente al palacio y acercándose a él le preguntó:

—¿No he visto yo a usted hará aproximadamente media hora a la puerta del juez Ewing?

—Se habrá usted confundido, señor... — contestó, impasible, el policía—. Llevo aquí más de una hora esperando a la señorita Waring.

Jaime Hamilton no quiso insistir y sin poder apartar de su ánimo la sospecha, entró en casa de la hermana de su amigo, a la que dijo a modo de saludo:

—No puede usted imaginar, Alicia, cuanto lamento el retraso; pero me ha retenido en nuestra biblioteca una linda pistolera bajo amenaza de muerte.

Y ante las preguntas insistentes de Alicia y de sus amigos, Hamilton refirió detalladamente lo sucedido.

—Y lo más notable es que me ha amedrentado con una pistola de juguete, que encerraba cigarrillos en lugar de balas.

Gloria, desde un rincón, seguía con curiosidad el relato de su *víctima*.

—Era una muchacha encantadora y se parecía a Gloria Waring como una hermana gemela. ¿Verdad que es una cosa asombrosa?

—Efectivamente — intervino el juez—. Yo también hubiera jurado que era ella.

Al oír aquellas apreciaciones, Gloria Wa-

ring se levantó de su asiento y se acercó al grupo, decidida.

Colocada frente a los dos amigos de modo que la luz la diera de lleno en el rostro, dijo, dirigiéndose a Hamilton:



—Era una muchacha encantadora y se parecía a Gloria Waring como una hermana gemela...

—No creo que haría el juez muy buen detective. ¿Usted me encuentra parecido con la muchacha de la pistola?

Miróla Jaime cara a cara un instante y articuló claramente después:

—Si usted quiere una respuesta sincera, la diré que la semejanza es sorprendente.

Gloria hizo un mohín de disgusto y contestó:

—Se ve que yo debo tener un rostro vulgarísimo, que se da en muchas personas, y esta será la causa del error de ustedes.

—Quisiera ver la pistola, Hamilton — dijo Alicia.

—Voy por ella. Me la he dejado en el abrigo.

Y Hamilton salió fuera de la casa y se dirigió resueltamente al *auto* de la Waring dispuesto a aclarar una duda que le roía el cerebro.

Abrió decidido la portezuela y lo primero que encontró al revolver en la banqueta, fué el sombrero de fieltro que había usado Gloria para aquella expedición nocturna y peligrosa.

¿Qué quería decir aquello? ¿Qué se había propuesto la Waring al llevar a efecto aquel atraco?

Y Jaime Hamilton escondió el sombrero bajo su smoking, dispuesto a no cejar hasta dejar aclarado aquel misterio...

III

Gloria es una buena muchacha... pero tiene un hermano

Mientras sucedían estos hechos que dejamos relatados, en la parte más alta de la ciudad da otra velada de género más libre Teo-

dora Lamont, una *demi-mondaine*, cuyos pasados amoríos han sido para ella ríos de oro.

Hay en Teodora un sentimiento predominante: la codicia. Endurecida por ella, su alma sabe todavía mostrarse amable, envolver sus cargas en suavidades de terciopelo y merced a la argucia y a su amor interesado a Ricardo Reynolds, hermano de Gloria, que lleva su candor hasta la creencia de que Teodora le ama por él mismo y no por la fortuna que espera heredar.

—Nada, Ricardito — le dice, envolviéndole en una mirada de fuego, mientras brilla en sus labios la más encantadora de las sonrisas—. Puesto que Gloria no contesta a tus cartas, debes ir al teatro y hablar con ella antes de la función.

Y tras darle aquel *consejo*, ella misma le ayuda a incorporarse y le pone el abrigo empujándole hasta la puerta; y tan hipnotizado está el pobre chico por aquella pájara, que no ve que lo tiene convertido en una especie de botones de banco.

—No tardes, ángel mío... ¡Mira que estaré sin vida hasta que vuelvas...!

Y Ricardo sale de aquella casa rebotante de felicidad, mientras su adorada, sentada al lado de un banquero trasnochador y jaranero, le dice melosa:

—¡Qué hermosa es la existencia con billetes, amiga mía...!

—Yo de mí sé decirle que en coleccionarlos cifro toda mi ventura... Pero los guardo en casa por temor a que los roan los ratones.

.....

En el *Music-hall Comedy* en cuyas puertas brilla con puntos luminosos este cartel:

Contad las horas por Gloria Waring, la estrella del Broadway

se ha congregado lo más selecto de la buena sociedad neoyorkina.



—No tardes, ángel mío. ¡Mira que estaré sin vida hasta que vuelvas!

En su camerino, ayudada por su sirvienta negra, la hermosa e ingenua Gloria se prepara para la presentación de la que ha de ser, como todos los días, la heroína.

Un criado llama a la puerta y le entrega una carta, que Gloria lee ávidamente porque es de su hermano, a quien quiere con cariño de madre más que de hermana mayor.

Gloria,

... y estoy desesperado — dice Ricardito—, Necesito dinero esta misma noche. Te juro, hermana mía, que es la última vez que te lo pido...

Ricardo

A la pobre muchacha le causaba una tristeza infinita la testarudez de su hermanito, pues sabe de sobras qué casta de pájaro es la tal Teodora Lamont y está dispuesta a acabar de cualquier modo con aquellas relaciones que con razón califica de monstruosas.

Lamentándose está de la inconsecuencia de su hermanito menor, cuando aparece éste suplicante y casi lloroso. Viene a cumplir el último encargo de Teodora.

—¡Estás ciego, Ricardo! — le dice Gloria —. No te das cuenta de que esa mujer sólo quiere dinero, dinero y dinero. ¡No busca encontrar en ti otra cosa!

—No, Gloria, no. Nos juzgas mal a ella y a mí... Teodora no es de esa clase de mujeres. Ella me quiere a mí como yo la quiero a ella: porque sí, porque el corazón nos lo impone. ¡No hay cálculos egoístas en nuestro amor!

—Te repito, Ricardo, que estás ciego. Es astuta, es ambiciosa, es cruel. Pero yo he hallado el medio de impedir que se apodere de tu fortuna y no le valdrán sus marrullerías, te lo advierto... Pero como no quiero que puedas creer que soy egoísta, aquí tienes el dinero que me pides...

Cogió ávido lo que le daban, el infeliz ena-

morado, e impaciente por volver al lado de Teodora, no se preocupó de inquirir cuáles eran los propósitos de su hermana y salió de aquella casa como alma que lleva el diablo.

Apenas había salido Ricardo, cuando la criada vino a anunciar a su señora que Jaime Hamilton solicitaba ser recibido.

No sin cierta inquietud accedió Gloria a aquella demanda, primero por saber lo que podría quererle Jaime a aquellas horas... y después porque desde hacía tiempo estaba enamorada de él...

Al entrar éste, saludó ceremoniosamente a la artista y yendo derecho al objeto de su visita, se acercó a ella y enseñándola el sombrero que encontrara en el *auto*, la preguntó:

—¿No es de usted este sombrero?

Dominando admirablemente su sorpresa y su temor, contestó:

—No...

—Es extraño. Lo llevaba puesto la joven que esta noche se fingió enferma para robarme. ¿Quiere usted explicarme cómo es que lo he encontrado en su *auto*, señorita Waring?

Pero cuando ya se veía perdida y bajaba la cabeza, confusa, sin saber qué contestar, una voz dijo desde la puerta:

—¡Es la hora de su número, señorita Waring!

Suspiró profundamente Gloria, como si la hubiesen quitado un enorme peso de encima y se dirigió hacia la puerta.

Pero Hamilton la cerró el paso resueltamente, diciéndola con sequedad:

—La advierto que se trata de un asunto serio y si usted no me da la explicación que necesito, temo que va a pedírsela la justicia.

Asustada, Gloria, y sin saber ya lo que decía, exclamó:

—¡Por favor! Le aseguro que nada hice... ¡y si lo hice tengo mi justificación!

—¡Ah! ¿Confiesa usted, al fin?

—Pues sí, señor Hamilton... Yo soy la ladrona... Pero sírvase esperar hasta después de la función. Le prometo que lo sabrá usted todo esta noche...

IV

El secreto de Gloria

Para Jaime Hamilton la representación de aquella noche fué un verdadero suplicio. Más de media representación había transcurrido y no se enteró siquiera de lo que pasaba en el escenario hasta que llegó el número de Gloria Waring y ésta empezó a cantar con voz melodiosa su número favorito:

"CONTANDO LAS HORAS"

y oyó brotar de sus labios aquellas dulcísimas palabras:

*Bajo el claro zafiro del cielo
a la una mis brazos te esperan...*

Ahora sí sabía lo que pasaba en el escenario; extático en la contemplación de la figura gentil que contaba las horas, mientras éstas, representadas por encantadoras muchachitas, iban saliendo del exótico reloj, sobre el cual estaba erguida la cantatriz.

Y como todas las cosas tienen fin en este mundo, terminó la representación, y Gloria, fiel a su promesa, se hizo acompañar por Jaime hasta su casa para hacerle la prometida confesión.

Después de repetirle que, efectivamente, había sido ella la que llevara a efecto el atraco, Gloria le rogó que le devolviera la pistola, a lo que contestó Jaime con una sonrisa:

—Yo guardaré siempre esta arma que para mí ha sido menos inofensiva de lo que parece...

Y al hablar así envolvía a la joven en una mirada apasionada...

—Usted quizá me perdone cuando sepa que mi acto de esta noche obedeció únicamente a un impulso de desesperación. Lo exigía la tranquilidad de... de alguien a quien amo intensamente.

—¿Su novio, o quizá su marido? — murmuró Jaime, con voz temblorosa que empañaban los celos.

—No, Jaime. Mi hermano, mi querido hermano Ricardo, loco de amor por una mujer indigna. Todo lo que yo tomé de la caja del juez Ewing, fué el testamento en que mi padre dejó a Ricardo su fortuna. Así, faltando el testamento, él no puede obtener di-

nero para derrocharlo con una mujer codiciosa y perversa.

Hamilton suspiró con fuerza... Sus celos desaparecieron en el acto, y admirado del gesto de aquella mujer verdaderamente heroica, la dijo:

—En mi vida he oído caso más denudado...; pero su resultado es absolutamente ineficaz.

—¿Cómo? ¿Qué dice usted...? ¿Que no he beneficiado a mi hermano?

—No, porque la ley le entregará ese caudal a él como pariente próximo.

—¿Qué puedo hacer entonces? ¡Quiero salvarle...! ¡Es mi deber salvarle!

Jaime, después de reflexionar unos instantes, la dijo:

—¿Usted no ha hablado nunca con esa mujer? Sería acaso el mejor camino: un coloquio sincero, de corazón a corazón.

Largo rato continuaron hablando, más íntimamente cada vez, y al despedirse aquellos dos seres que indudablemente habían nacido el uno para el otro y que se habían dado mutuamente el alma aun sin saberlo, sellaron con sus labios unidos aquellos desposorios de sus corazones palpitantes...

V

Frente a frente

A la mañana siguiente, Jaime era todavía soltero, pero en vez de mantenerse con la firmeza habitual en sus antiguas posiciones, empezaba a vacilar.

Estaban reunidos ambos amigos y hablaban, como era natural, del incidente de la vispera. Jaime había encontrado sobre la mesa el papel escrito por Gloria que decía lo siguiente:

*No era el dinero de ustedes
lo que yo necesitaba.*

—Parece increíble, ¿verdad? — dijo Jaime, fingiendo ignorancia—. Entonces... ¿qué vino a buscar aquí esa muchacha?

—Eso mismo me pregunto yo ¿a qué vino? — contestó Ewing, que después de un registro escrupuloso en sus papeles y habiendo reconocido a Gloria sabía a qué atenerse.

Y adoptaron una actitud hipócrita, creyendo cada cual que él sólo tenía el secreto y afectando ignorancia para defender a Gloria.

Entretanto ésta, siguiendo el consejo de su amigo, se había dirigido a casa de Teodora Lamont dispuesta a arrostrar sus iras y acabar de una vez con aquella intriga que amenazaba el porvenir y la felicidad de su hermanito.

El aspecto extraño de aquella vivienda le intimidó, pero la inmediata salida de Teodora fué un alivio para ella que empezaba a sentirse inquieta en aquella casa como en un medio agudamente hostil.

—He venido a hablarla de Ricardo — dijo, apenas hubieron cambiado el primer saludo.

—Usted dirá — contestó sonriente la Lamont, a quien no se le ocultaba la hostilidad de la hermana de su prometido.

—Mi deseo es que esos amores terminen, que renuncie usted a él.

—¡Y lo dice usted así tan sencillamente! Sin duda usted cree que yo soy muy poco para su hermano, ¿no es eso?

—¡No, no! ¡Lo que yo quiero es sacar a mi hermano de una vida de amargura y de infelicidad...!

—¡Si, ya comprendo! ¡Usted quiere retenerlo a su lado para gozar de su herencia...! ¡Todo el dinero para usted!

Al oír aquellas palabras, Gloria se había levantado violenta y mal hubiera acabado aquella escena entre dos mujeres que se odiaban cordialmente, de no aparecer Ricardo en aquel momento.

Al ver a su hermana, Ricardo corrió hacia ella interrogándola sobre la razón de su estancia en aquella casa.

Iba Gloria a contestarle cuando Teodora, echando mano de los recursos melodramáticos, empezó a sollozar diciendo entre jipidos:

—¡Tu hermana ha venido aquí a insultarme...! Se ha propuesto separarnos... Quiere romper nuestras vidas...

—No lo creas — exclamó Gloria —. Con esas frases de maestra en engaños, pone una venda en tus ojos para que no veas que lo que busca es tu fortuna... Llévame a casa, Ricardo... ¡por favor!

—¿Cómo la toleras que diga de mí tales



—*Mi deseo es que esos amores terminen, que renuncie usted a él.*

horrores? ¡Vete, sí, vete con ella, pero acuérdate de que aquí no vuelves a poner los pies en tu vida...!

Ante aquella amenaza postrera, aquel hombre que no veía más que por los ojos de la astuta intriganta, exclamó dirigiéndose a su hermana:

—Mira, Gloria. Ya tengo edad de saber lo que hago y lo que quiero... ¡Es mejor que te vayas!

Y Gloria, con la muerte en el alma, salió de aquella casa en la que se dejaba media vida, el objeto de todos sus desvelos.

... ..

El interés por Gloria está causando en el arnés del celibato de Jaime Hamilton serias averías, desperfectos irreparables... El pobre está perdidamente enamorado.

Aquel día al llegar a casa de Gloria, encuentra a ésta llorando...

—¿Estaba usted llorando, Gloria?

—Esa insolente mujer se negó a escucharme... ¡y mi hermano está decidido a casarse con ella!

—¿Me autoriza usted, Gloria, para que tome parte en el asunto?

—¿Por qué va usted a molestarle, Jaime...?

—Porque su felicidad me interesa más que nada en el mundo... ¡porque la amo a usted, Gloria, y no quiero verla sufrir...!

Y como un antiguo caballero y guiado por la brillante estrella de su amor, Jaime se aventura a buscar al *dragón* en su guarida para darle muerte.

Llegado a la casa de Teodora, al encontrarse ante ésta, de los labios de ambos brota una exclamación simultánea:

—¡Jaime!

—¡Nelly Carson! ¿Usted aquí? ¿Luego usted es Teodora Lamont? Ya veo que ha cambiado usted de nombre, pero no ha cambiado de *limpieza* de procedimientos.

—Bueno, acabemos. ¿Qué es lo que quiere usted?

—¿Lo que quiero? Que se aleje usted de Ricardo Reynolds. Que no se mezcle en su vida.

—Sí que quiere usted una pequeñez... Usted me abandonó hace años y ahora vuelve a pedirme un favor... ¡No es muy airoso para su dignidad!

—No se preocupe de mi dignidad. Lo que importa es que renuncie usted a ese muchacho.

—¿Es Ricardo algo para usted?

—A él no le conozco. Pero su hermana es mi amiga más querida.

—Pues bien, Jaime: sírvase volver al lado de la más querida de sus amigas (dos mitades de un mismo proyecto) y decirla que ella y usted pierden lastimosamente el tiempo, porque yo amo a Ricardo.

—¿Ha dicho usted amor? Mi experiencia, Nelly, es decir, Teodora, me convenció hace tiempo de que "Amor" y "Páguese al portador" significan lo mismo para usted.

—¡Insulte usted todo lo que quiera! ¡Ricardo y yo estamos tan íntimamente unidos, que ni usted ni nadie conseguirá separarnos!

—¡Lo veremos! Si no deja usted inmediatamente a Ricardo Reynolds, yo le contaré todo el pasado de Teodora Lamont!

—¡No se atreverá usted... por su hermana...!

En aquel momento entraba en la habitación el incauto Ricardo.

La cortesana, disimulando hábilmente su zo-

zobra y su odio con una páfida sonrisa, le dijo:

—Tengo el gusto de presentarte a uno de mis más antiguos y queridos amigos. Se ha enterado de que nos casamos y ha venido a felicitarnos.

Y Jaime, temblando porque al descubrirse su secreto perdía irremisiblemente el amor de Gloria, volvió a casa de ésta con la desesperación en el alma.

VI

El fin de una intriga

—¡Todo inútil, Gloria! Mis intentos han fracasado como los de usted... Debe haber algún medio para impedir esa locura... ¡Debe haberlo, sí!

Al ver la desesperación de su amada, se entabló una lucha titánica en el corazón de Jaime. De una parte, su egoísmo de amante, y de otro la felicidad de Gloria reñían descomunal batalla. Pero el egoísmo resultó vencido porque el corazón de Jaime era de oro...

—¡Hay un medio, sí! ¡Y yo lo pondré en práctica!

—¿Cuál es?

—Ya lo verá usted, Gloria... ¡Por ahora no me pregunte usted más!

Y Jaime salió de allí dispuesto a sacrificar su porvenir para llevar la tranquilidad al de Gloria...

Entretanto, Teodora, apenas hubo salido Jaime y temiendo que éste cumpliera al fin sus amenazas, se las compuso de manera de obligar a Ricardo a que precipitara la boda, y al día siguiente éste fué a comunicar su resolución a su hermana.



—*Si na deja usted inmediatamente a Ricardo Reynolds, yo le contaré todo su pasado.*

Gloria supo disimular su desagrado y su horror ante aquella boda y acabó demostrando su deseo de asistir a la misma, porque al fin y al cabo, era la segunda madre de Ricardito a más de su hermana mayor y su único pariente.

Ricardo, que no era malo en el fondo, accedió a sus deseos y poco después, con nota-

ble disgusto de Teodora, los tres hacían su entrada en el salón de actos del juez de paz de Seaside, en Conecticut.

La ceremonia tocaba a su término y todo hacía suponer que Teodora, que sonreía satisfecha y miraba a Gloria con aire de reto, iba a salirse con la suya, cuando ante la estupefacción de los contrayentes y de la testigo, hizo su entrada en la sala, como una tromba, Jaime Hamilton.

Teodora palideció terriblemente. Gloria y Ricardo miraron a Jaime con estupor y éste, grave, serio, amargado, pero resuelto a dar aquel paso, costara lo que costara, dijo dirigiéndose al representante de la justicia:

—¡Un momento nada más, señor juez... señores contrayentes... Esa mujer no puede casarse con nadie, porque es mi mujer por la ley común, que forma jurisprudencia en nuestro país...!

La escena que se siguió no es para describirla. Teodora se mordió los labios de despecho, pues si decía la verdad, también la diría Jaime y entonces estaba perdida. Quiso ganar tiempo y fué hacia Ricardo, pero éste la rechazó indignado, diciéndola:

—¡Vete de aquí! ¡No quiero volver a verte mientras viva...!

¡Y la pobre Gloria supo a costa de qué dolor y qué desengaño había comprado la felicidad de su hermano...!

VII

Visto para sentencia

Pedro Ewing era, entre todos aquellos seres desgraciados, el único que no había perdido la cabeza.

Antiguo amigo del padre de Gloria y Ricardo, quería a éstos como si fuesen algo suyo y se propuso labrar su felicidad.

En cuanto a Jaime, a quien le unía una amistad sincera que algo tenía de cariño paternal, al saber su determinación de abandonar para siempre Nueva York, trató de convencerle de lo disparatado de su propósito:

—¿Por qué has llevado al naufragio tu propia felicidad? ¡No tenías derecho sobre esa mujer por ninguna ley, melodramático embustero! ¡Qué matrimonio natural ni qué niño muerto! ¡Gracias a que estoy yo aquí, estúpido!

—¡Ni usted ni nadie puede evitar lo que ya no tiene remedio! Era el único medio de deshacer el matrimonio de Ricardo!

—No seas niño. ¡Un yerro de amor...! Es necesario que todos hagamos algo para olvidar esas niñerías...

—Ya no tiene remedio, Pedro... Me voy a Europa...

—Eso lo veremos. ¡No faltaba más!

Y una vez fuera de la estancia, Jaime, el ladino juez, habló por teléfono con Gloria, que estaba ocupada en consolar a su hermano del fracaso sentimental de sus amores.

—Es necesario que venga usted ahora mismo con su hermano. Ha llegado el momento de dar lectura al testamento de su papá. ¡Pero



...grave, serio, amargado, pero resuelto a dar aquel paso...

traiga usted el documento, amiga Gloria, pues sino no habrá medio de leerlo!

Y momentos después, ante la estupefacción de los dos hermanos, dió lectura al documento que estaba redactado en los siguientes términos:

ULTIMA VOLUNTAD Y TESTAMENTO

Yo, Josué Reynolds, de Nueva-York, declaro que es mi última voluntad:

PRIMERO: Que después de pagadas mis deudas legales, sean entregados a Ricardo mi hijo, cinco mil dólares.

SEGUNDO: Que todo el resto del numerario, así como mis bienes, muebles e inmuebles, pasen a propiedad de mi hija Gloria.

TERCERO: Que sean ejecutores de esta mi postrera voluntad, mi hija Gloria y mi abogado y amigo Pedro Ewing.

—¡Mi padre dejó toda su fortuna para mí...! ¡Y yo que creía...! ¡Oh, pero usted corregirá esa anomalía para que Ricardo tome lo que en justicia le pertenece!

—No es ningún absurdo, Gloria — intervino su hermano con resignación sincera—. Sin duda pensó nuestro padre que en tus manos estaría mejor administrado que en las mías.

—Yo me cuidaré de este asunto, Gloria, si usted se detiene un momento en la habitación contigua — dijo Ewing.

Y al llevarla junto a la puerta, murmuró a su oído:

—Hoy ha sacrificado un hombre por usted dos cosas que no tienen precio: su buen nombre y sus sueños de ventura.

—Lo sé y estoy muy agradecida... — dijo Gloria, frunciendo el entrecejo—. Pero le agradeceré que no hablemos más de eso...

—Al contrario, es necesario hablar de ello, porque está usted en un error. Si no supiera que usted le ama me callaría. Pero es el caso, amiga Gloria, que esa mujer jamás tuvo el menor derecho sobre él... Jaime mintió como un... caballero. Se necesita el valor y la ab-



—Yo me cuidaré de este asunto, Gloria...

negación que él ha tenido para arriesgar el cariño de usted haciendo de un olvidado devaneo juvenil, el dogal de sus ilusiones. Esto fué todo.

Gloria no quiso oír más y se precipitó en la habitación contigua, mientras Ewing trataba de consolar a Ricardo.

—Tanto como ha hecho por mí Gloria, y

yo sin querer he destruído su felicidad... —decía Ricardo.

—La felicidad es el pájaro azul de perenne vuelo... —contestó Ewing—. Parece que hoy se va para siempre y mañana vuelve a cantar a nuestro oído...



—¡Oh, sí! A todas partes, al fin del mundo, al infierno... ¡¡¡a la gloria!!!

Entretanto Gloria, al entrar en la estancia vecina, encontró a Juan y Luisa que arreglaban las maletas de Jaime.

—¡Qué hacen ustedes?

—El señor Hamilton sale mañana para Europa... Ya esta noche la pasará a bordo.

Y los dos criados se retiraron con el equi-

paje a tiempo que entraba Jaime dispuesto para salir.

Al ver a Gloria se detuvo indeciso. La joven, mirándole con infinita dulzura, le dijo:

—Comprendo todo lo que hoy ha hecho usted por mí y mi gratitud será eterna... aunque ello ha traído a mi vida la desgracia.

—No, usted no comprenderá nunca a lo que he renunciado por dar a su hermano la libertad... ¡porque aun ignora usted la grandeza de mi amor!

—Pero... ¿se atreve usted, Jaime...?

—¿A qué?

—¿SE ATREVE USTED? — repitió elevando el tono de voz y mirándole cara cara.

—¿A qué no debo atreverme, Gloria?

—¿Se atreve usted a irse a Europa en un barco... sabiendo que yo no tengo preparado mi equipaje?

Jaime dió un grito de júbilo y corrió hacia ella:

—¡Dígalo otra vez, Gloria...! ¿Es verdad eso? ¿Es verdad que vendrá usted conmigo...?

—¡Oh, sí! A todas partes, al fin del mundo, al infierno... ¡¡¡ a la gloria!!!

F I N

PRÓXIMO NÚMERO:

ALMA DE MADRE (La maternelle)

Postal fotografía-regalo: CARMEL MYERS